

que llevaba un día á casa de Felisa y lo hojeó con mano calenturienta, arrugando su satinado papel.

—Ahora—dijo—me explico sus visitas á la calle de la Paz. Tenía el presentimiento de ello, pero no podía creerlo.

Leyó la nota que había escrito y la mostró al conde de Souvray.

—Solange Fargeas! la conozco. Esa era la joven á quien iba á ver todos los días. Sí, es hermosa, encantadora. Ya me había yo fijado en ella. Todo el mundo la admiraba, hasta las mujeres más envidiosas. ¡Ah! la ama; la ama y quiere casarse con ella; quiere hacerla marquesa. Y por ella me engañaba, por ella me abandona y por ella me ha impulsado á este asesinato; porque lo he cometido, es verdad, para romper los lazos que le separaban de mí. ¡Yo he sido la que lo ha hecho todo, y ella será la quien recoja el fruto! No importa, ella será la que pierda, porque dentro de poco estará fría y blanca como la otra y acostada, no en el lecho nupcial, sino en la tumba, en la tierra, en el negro agujero.

La princesa daba espanto en la explosión de su furor. No era entonces la mujer adorable y verdaderamente soberbia, de seductor aspecto, y cabellos de oro; era la encarnación de la cólera, de la rabia y del odio. Una furia, ante la cual se quedaria cualquiera petrificado de terror.

Souvray dejó pasar el torrente de amenazas. Esperaba el momento de reacción plegando sus papeles y volviéndolos á su bolsillo.

Pronto llegó el instante deseado.

—¡Ah! ¡qué infame! —murmuró Wanda dejándose caer en el diván. — ¡Y pensar que yo le amaba, que lo hubiera sacrificado todo por él, ¡libertad, fortuna, honor! ¡No se tiene idea de las bajezas de que es susceptible una mujer! Yo hubiera vivido en una choza si él lo hubiera deseado, y si hubiera sido preciso para no separarme de él. Me hubiera cortado los cabellos como una religiosa, estos hermosos cabellos de que estaba tan envanecida; me hubiera mortificado la piel con cilicio; hubiera comido raíces tan solo y avena hervida como los miserables de nuestros desiertos, y hasta hubiese labrado la tierra como una bestia de carga, para mantenerle si hubiera sido pobre. ¡Qué estúpida he sido!

Wanda no derramó ni una lágrima.

Sin embargo, se adivinaba que debía sufrir horriblemente. Toda su vida se iba tras aquel desengaño.

—Querría dudar todavía —añadió— tan ligada á él estaba; pero nó, ¡sería menester ser ciega!

Volvióse de repente al conde le dijo:

—Me habeis dicho que me ayudaríais á castigar.

—Sí; al verdadero culpable.

—Al culpable y á la otra. Pensadlo; por ella sufriría Oliverio mucho; es preciso por lo tanto herir á Solange Fargeas.

—Al contrario; á ella es á quien es preciso proteger, princesa.

—Jamás: á los dos, y á ella ántes que él.

—¿La detestais porque creéis que quiere á vuestro amante?

—Y porque me lo quita.

—¿Y si yo os pruebo que odia al marqués más que vos?

—¿Es posible?

—Y que con su ayuda os vengareis más seguramente del hombre que ha abusado de vos.

—¿Qué decís?

—Escuchadme.

Souvray contó á la polaca la historia de Solange, sin omitir nada, con fechas, lugar y circunstancias. Habló de Roman Tremor, del niño criado en Corneilles.

El orgullo de Wanda, sangriento é irritado, vencido por aquellas revelaciones, cedió por fin.

Así procedía aquel hombre, del cual había hecho ella su Dios y por el cual había expuesto su vida, su honor y su fortuna, asesinando á su bienhechor, un príncipe bastante sensible á sus encantos y bastante generoso para dotarla de bienes inmensos, obras maestras de arte, hacerla una princesa, darle uno de los títulos mas antiguos é ilustres de Italia, la tierra clásica de los maestros del mundo; aquel hombre por quien ella había envenenado á una criatura angelical que no le había hecho mas daño que el de vivir oscuramente, encerrada en sus habitaciones y en sus tristezas, pero vivir; aquel hombre por el cual ella hubiera dado todo cuanto poseia, nunca la

había amado. Y en cambio adoraba á Solange, una campesina, una muchacha criada en la pobreza, en el fondo de los bosques, inculta y simple como una vaquera de oficio.

Oliverio no se había servido de Wanda sino como de una cortesana y de un instrumento servil para preparar su matrimonio con aquella rival indigna.

¡Como había caído en el lazo! ¡Con qué candidez se había dejado engañar!

Ella, la princesa Cavalli, la reina de la colonia extranjera y cuyo nombre era citado en primer término en todas las fiestas de la alta sociedad, con fortuna inmensa, palacio soberbio como pudiera tenerlo un Ferrara ó un Médicis, se veía humillada, deshonrada, envilecida hasta tal punto! ¡Qué vergüenza!

Ya no razonaba. Si el marqués de Taunay, su amante, su único amante, (hay que hacerle justicia porque en la multitud de cortesanos estáticos, ante su triunfadora belleza, ella no había distinguido á nadie más que á él), se hubiera presentado en aquel instante, le hubiese dado de puñaladas ó insultado como á un lacayo y echado á latigazos de su casa.

¡Como! Él la impulsaba al crimen sobreexcitando poco á poco sus malos instintos, sus celos, su ferocidad y todo en beneficio de otra, para no recojer el fruto sino los remordimientos de su crimen.

Pues bien, sí; era espantoso lo que había hecho. La luz se hacía en su entendimiento y la venda del amor caía de sus ojos.

—Escuchadme ahora—dijo con voz tem-

olorosa y la garganta seca por la emoción que la hacía estremecerse.

Y contó al conde de Souvray con toda ingenuidad su sorpresa con Oliverio, cuando su amante se despedía de ella en el palacio de Venecia, que ella dejó, para venir á París y recibir á aquella Solange que tan enamorado le tenía; las amenazas del príncipe que quería secuestrarla en las soledades de Polonia; su negativa á seguirle por no renunciar á su amante; el secreto de la bohemia y cómo se había servido de él para recobrar su independencia.

—No hacía más que defenderme—dijo con indomable fiereza.

Explicó á Roberto con cuánta doblez, con cuánto artificio la había llevado á este estado de demencia amorosa en que no se razona, y se pierde la noción del bien y del mal; cómo le había dicho que la marquesa se había curado, que viviría, que estaba obligado á seguirla al Sur de Francia, abandonando á Wanda, que no podía pasar sin él; cómo había excitado sus celos dejándola entrever que no estaba muy lejos de amar á Elena, y por último, cómo le había impulsado al pensamiento funesto de suprimir á aquella del mundo de los vivos, cuando, en efecto, solo á él perjudicaba su existencia.

—¡Mónstruo!—exclamaba en la exaltación de su vanidad, su orgullo y su amor heridos.—¡Quisiera llevarle al cadalso, aunque tuviera que subir con él!

Buscaba un medio de castigarle, pero tuvo

que confesar que no le encontraba, llena de ira por su impotencia.

De buena gana hubiera pagado gentes para que le matasen, costara lo que costase. ¿Acaso con dinero no se pueda hacer todo?

¡Ah! ¡si hubiera estado con ella en las estepas de Polonia!

Pero ahora él estará sobre aviso, y huirá de ella, y en París, con luz, gas, telégrafo y agentes, es difícil alcanzar á un enemigo.

Era una guerra imposible.

Souvray la escuchaba, admirado de la violencia de aquel temperamento de fuego, de aquella *bravura del crimen*, por decirlo así.

Estaba seguro de que Wanda no retrocedería ante ningún peligro, ni aun ante el deshonor de una pena infamante, con tal de vengarse.

La palabra venganza ha sido hecha sin duda para esta clase de espíritus arrebatados y salvajes.

Cuando acabó de hablar le dijo el conde:

—Yo seré el castigo, si quereis.

—¿Qué vais á hacer?

—Concededme el plazo de un año, y después, si no habeis quedado satisfecha, recobrareis vuestros derechos.

—¿Y quién me asegura que vos no fallareis á vuestros propósitos de venganza?

—Vos amabais al marqués y estais irritada por su traición.

—Es verdad.

—¿Le odiais ahora mortalmente por que os ha engañado?

—Mortalmente, en efecto.

—Pues bien; yo princesa, amaba con toda mi alma, con una pasión sin igual, á una mujer de una dulzura celeste, de una bondad divina. Esa mujer, que era un ángel sobre la tierra no ha faltado jamás á sus deberes por dolorosos que le fueran. Apenas si ellos dejaban escapar una tímida queja, cuando la cadena aceptada por ella le martirizaba las carnes. Yo me contentaba con verla y hablarla. Mi dicha se cifraba en verla alguna vez sonreír y esperar en el porvenir, un no sé qué misterioso que recompensase las privaciones del presente. Pero este hombre la ha asesinado cobardemente. La he visto expirar ante mis ojos sin poder librarla de la muerte horrible que me la arrebataba. Hubiera sufrido menos si mi vida se hubiera escapado por mil heridas con la última gota de mi sangre. ¡Y creéis que yo perdonaría! ¡Por vuestro odio, juzgad del mío y decidme cuál de los dos debe ser el más tenaz y encarnizado!

—¿Qué debo hacer?—dijo la polaca ya convencida.

—Nada: desaparecer. Retiraos á donde os acomode vivir, á Roma, á vuestro palacio de Venecia ó á vuestras tierras de Polonia.

—Y vos miéstras tanto...

—Yo, obraré. No estoy solo: otros resentimientos rodean y amenazan al marqués, solo que vivimos en un país civilizado en que el más legítimo castigo puede pasar por un atentado si no son los jueces los que lo aplican.

Nadie puede tomarse la justicia por su mano, sino en la sombra; pero la venganza más segura, ¿no es aquella que permanece secreta? Es preciso, pues, aguardar con calma una ocasión para aprovecharla inmediatamente. Estad tranquila, que llegará, y, ó yo me engaño, ó la haré surgir gracias á Solange, que llegará á ser mi mejor auxiliar, quizá sin darse cuenta de ello. Yo seguiré al enemigo con la paciencia del cazador. El ojo de los hombres no nos verá; en cuanto á la mirada de Dios espero que será clemente y que su justicia nos absolverá. No os pido, pues, princesa, sino que me atestigüéis que ese hombre es culpable.

—Ya lo he dicho.

—Necesito algo más que palabras.

—¿Qué necesitais?

—Un escrito para enseñárselo el día de su ejecución.

—Ese escrito sería también mi sentencia—objetó Wanda, palideciendo.

—¿No os he prometido el secreto?

—Juradlo.

—¡Por lo que más he amado, por las cenizas de mi madre y sobre la cabeza de esa pobre muerta!

—Dictad, pues.

—Escribid:

«Declaro, para rendir tributo á la verdad, que á instigación del marqués Oliverio de Taunay, ha sido envenenada, en el hotel Cavalli, su mujer Elena de Rocheville, en la noche del 13 de marzo de 1870.»

—Firmad con vuestras iniciales.

La polaca obedeció.

—¡Es mi honor lo que os entrego!— murmuró Wanda.

—Vivid tranquila—dijo el conde;— que ningún recelo turbe vuestro sueño... ¡Antes de arrancarme este escrito, se me arrancará la vida!

Y añadió con profunda tristeza.

—Si fuerais hombre, nos hubiéramos batido á muerte... Os hubiera perseguido hasta el fin del mundo...; pero sois mujer, y os excuso porque amais.

El aspecto de la pobre Elena hubiera debido, sin embargo, hacer temblar vuestra mano. Unicamente ella podrá entristecer vuestras noches, cuando su encantador y pálido rostro aparezca en vuestros sueños. Por mi parte, os perdono; pero temo á vuestro amor: puede renacer y volveros cobarde, como os ha hecho criminal. Partid, pues.

—Acepto. Además, la estancia en París me sería insoportable.

—Si dentro de un año, tal día como hoy, no he devuelto á ese hombre mal por mal, vos misma sereis el juez y recobrareis vuestra palabra, vuestro escrito y vuestra libertad. Adiós, princesa.

Saludó y salió.

El día comenzaba pálido y triste.

El viento se había cambiado de Norte en Oeste, trayendo gruesas nubes grises y pesadas cargadas de lluvia.

En vez de la estrellada noche, había una

aurora rojiza sembrada por una niebla espesa que envolvía á París como un sudario.

El conde llegó á su casa. Allí se encerró en su cuarto, y sentándose junto á una mesa, cerca de la ventana, reflexionaba.

¿Cómo cumpliría su doble promesa?

¿Cómo herir á este hombre omnipotente, dejando á Solange llegar á ser marquesa de Tannay?

Había en eso una contradicción flagrante, contra la cual debía fatalmente estrellarse.

Enervado, cansado de pensar, iba á renunciar á perseguir esta idea, cuando de pronto se dió una palmada en la frente, como un inventor que encuentra el secreto que se le escapaba.

Una viva luz iluminó su cerebro.

Había hallado el medio, confuso aún, pero que poco á poco se dibujaba más claramente, de un modo más neto y preciso.

La idea existía. No se trataba más que de ejecutarla, lo cual era cuestión de tiempo. Guardó cuidadosamente la declaración de la princesa Wanda con el retrato de Elena y una carta bastante larga á su hermano, y después de lacrado el sobre, le puso la siguiente dirección:

«A M. Hugo de Souvray, mi hermano, para que le sea entregado á él solo después de mi muerte.»

Después de tomada esa precaución dejó la levita, y poniéndose un gabán, salió de nuevo.

Eran las ocho de la mañana: á las ocho y

cinco llamaba á la puerta de Solange Fargeas, que ya estaba vestida y preparada á salir.

—Solange—le dijo,—os doy las gracias. Aquí están vuestras cartas, y obrad ahora como mejor os plazca. Sois libre. Deseo tanto que seais marquesa de Tannay como podríais vos misma desearlo. Sólo me queda que pediros un favor.

—¿Cuál?

—Cuando el marqués reclame el cumplimiento de vuestra promesa, consentid, pero con una condición.

—¡Qué será!...

—Que el matrimonio se celebre en el castillo de Chevagnes,

Ella le miró un instante, tratando de penetrar su pensamiento.

—¿Me prometeis no perjudicar á mi hijo?

—Vuestro hijo, Solange, estará, á cambio de e. te servicio, bajo mi protección y la de mi hermano el vizconde Hugo de Souvray.

Solange le tendió la mano.

—Haré lo que quereis—dijo.

—Y que este secreto quede entre nosotros.

—Está convenido.

Al día siguiente, los periódicos, al dar cuenta de la fiesta del hotel Cavalli, anunciaron la muerte de la marquesa de Tannay, sin comentarios; pero dos días después, un gran diario de la mañana, mejor informado que los demás y que estaba siempre á la pista de los escándalos mundanos, publicó un artículo que produjo gran efecto.

«El baile de la Avenida Montaigne ha sido contristado por un acontecimiento misterioso.

»Una joven que llevaba uno de los mejores apellidos de la aristocracia francesa, la marquesa de T... C..., ha sido atacada repentinamente por un mal desconocido. Apenas si el accidente dió tiempo para avisar al Dr. Durand y transportarla secretamente del comedor á la *serre*. El facultativo no pudo hacer más que presenciar los últimos instantes de su cliente, la cual á la media noche se había sentido atacada por repentina debilidad, que se acentuó rápidamente.

»Este desfallecimiento signió muy de cerca á su paso por el *bufett*, en donde solo bebió un vaso de agua.

»La marquesa disfrutaba de poca salud. Sufría desde hace algunos años una enfermedad del pecho, hereditaria sin duda, porque su madre murió á los veinticinco años, próximamente, á causa de una tisis que pareció haber sido transmitida á su hija.

»Pero los síntomas que han precedido al fin de esta desgraciada joven no tienen relación alguna con los que acompañan á la muerte de los tísicos.

»Además, desde hace algún tiempo, se nos asegura que la marquesa de T... C... parecía renacer. Los médicos creían que se salvaba.

»Los T... C... poseen una fortuna inmensa.

»La marquesa, que se apellidaba R..., se había casado con su primo hacía dos años tan solo, y era estimada y adorada por su

gracia ó inagotable bondad en el *faubourg* de Saint Honoré, donde habitaba, en la Avenida Matignon, uno de los más bellos hoteles de París.

»Se hacen infinidad de conjeturas acerca de este fin prematuro.

»La marquesa ha exhalado el último suspiro en la estufa del hotel Cavalli, rodeada de flores, entre el ruido de los surtidores de agua y los ecos de la orquesta de Desgranges, que interpretaba en aquel momento, con entusiasta inspiración, la célebre polka de las *Máscaras*, de Strauss.

»Ha circulado entre los grupos, en el momento en que corrió el rumor del trágico fin de la marquesa, la palabra suicidio.

»Nada más inverosímil.

»La señora de T.... C...., muy religiosa y educada por una familia muy cristiana, no hubiera recurrido á este medio, condenado por la iglesia, para desembarazarse de una vida que, después de todo, nada podía hacerle pesada.

»Si se quisiera dar un color dramático á esta muerte, ocurrida en medio de las magnificencias de un palacio italiano, que se creería construido por los Erte ó los Grimaldi, se hablaría inmediatamente de veneno.

»Pero esto sería una hipótesis gratuita y desprovista de fundamento.»

Y el autor desconocido de este artículo, añadía esta intencionada frase:

«¿Quién hubiera tenido interés en suprimir violentamente á una joven encantadora, tan

bueno para los pobres, como para los opulentos, y cuya mejor oración fúnebre es la desesperación de algunos y el disgusto de todos los que la rodeaban y de su familia?»

Este artículo, verdadero hasta en sus menores detalles, y hasta en las suposiciones, produjo un escándalo enorme.

La princesa Cavalli se aterró.

Durante algunas horas temió alguna requisitoria y tal vez una orden de arresto, pero en consideración á los nombres ilustres mezclados en este asunto, la policía solo intervino secretamente.

Sin embargo, se pidieron explicaciones al marqués de Tauuay y á la princesa.

La polaca contestó con desden que no sabía nada ni tenía nada que decir.

El marqués enseñó la declaración de Elena, que cortaba de raíz cualquier presunción contra él, y con esto se echó tierra al asunto.

Por un suelto del mismo periódico supo Oliverio la partida de su cómplice.

La hermosa Wanda realizó, sin dar cuenta á nadie, el convenio ajustado con Souvray.

Cuatro días después de la fiesta, abandonó su palacio de la avenida Montaigne y marchó, no á Venecia, sino á su casa solariega de Brauski, en Polonia, cerca de Cracovia, aceptando por sí misma la prisión en que el príncipe había querido encerrarla diez y ocho meses antes.

Se condenaba sin pena al destierro, que había rechazado con horror cuando amaba y quería vivir al lado de su amante.

A pesar de la ferocidad de su carácter, aquellas dos víctimas, aquellos dos atentados cometidos para acercarse á un ser despreciable que se burlaba de ella, gravaban su conciencia con horrible pesadilla.

Oliverio estuvo preocupado durante algunos días con aquella fuga inexplicable.

La princesa había dejado á París sin tratar de verle, sin escribirle, sin darle aviso alguno del lugar de su retiro.

Esperaba este aviso, pero no lo recibió.

Este silencio le inquietó durante algunos días.

Después interpretó como un efecto de los remordimientos que debían agitar á su cómplice.

De todos modos, se consideró dichoso con esta desaparición, que le libraba de un inmenso cuidado, porque temía la violencia de su peligrosa amante, y no veía sin terror acercarse el momento en que le pusiera en el trance de realizar promesas que ya no quería cumplir.

Su plan en este caso estaba trazado. Dejaría á París y se encerraría en Chevagnes ó en cualquier otra posesión para vivir con Solange, en quien no cesaba de pensar.

Una ruptura con la princesa, como la ocurrida, venía á colmar sus deseos y parecía un azar tan dichoso como inesperado.

Sin embargo, no se atrevió á hablar desde luego de matrimonio con Solange. Temía, con razón, descubrir el secreto de la muerte de Elena, y dar cuerpo á las sordas acusaciones que contra él circulaban.

Imitó á la princesa, y desapareció.

La traslación de los restos de Elena á Rochevieuille, donde por su testamento quería reposar eternamente al lado de su familia, le suministró un pretexto natural para alejarse de París.

Por una cláusula de este testamento, que se encontró en el *secreter* de la difunta, cedía esta tierra patrimonial á sus primos los Souvray con la carga de cuidar los panteones de familia y pagar unas pensiones á sus antiguos servidores.

El resto de sus bienes, á consecuencia de las estipulaciones matrimoniales, era para su marido, jefe de la familia de los Taunay-Coulanges.

Rochevieuille es, como Chevagnes, uno de los dominios más importantes del Morvan.

Un abuelo de Elena había levantado una capilla gótica en medio del parque, que era inmenso.

Esta capilla, casi cubierta por las ramas de las corpulentas hayas y seculares encinas, respira profunda melancolía.

Construída con granito negruzco é iluminada á través de cristales que representan escenas de la Biblia, la capilla es ignorada por casi todos los paseantes; se la distingue trabajosamente desde cualquier extremo del parque, que está lleno de árboles muy frondosos y cuyas ramas no caen más que de vejez.

Jamás el hacha ha tocado desde hacía cien años el tronco de un árbol.



Nada turba el religioso silencio de este punto solitario, mas que el murmullo de una fuente que vierte sus aguas sobre un lecho de guijarros y el canto de los pájaros en la enramada.

Allí era donde á fines de mayo reposaba la que había sido Elena de Rochevieuille, marquesa de Taunay.

Todos los días un hombre vestido de negro, con los ojos enrojecidos por constante llanto, iba á cumplir algún voto que se había impuesto.

Llegaba á caballo, á través de los bosques; ataba su montura á un árbol y se arrodillaba sobre las losas de la cripta donde dormía el sueño eterno la que había amado y seguía amando con un amor de los que absorben toda la vida de un ser.

Los remordimientos de sus matadores ya se habían extinguido.

El 4 de junio, con una temperatura primaveral, el cupé del marqués de Taunay, guiado por Mr. Stripp, se paró en la calle de la Paz, ante la casa de Felisa.

El marqués había vuelto el día anterior de una expedición á la Argelia.

Entró en el saloncito de la modista: algunos minutos despues, la dueña de la casa llamaba á Solange.

La joven llegó y permaneció de pié ante el marqués.

Oliverio le cogió la mano y ella no la retiró; sólo un estremecimiento involuntario la agitó de pies á cabeza.

—Solange—le dijo,—¿cuándo quereis ser marquesa de Taunay?

Ella repuso con voz firme:

—Dentro de seis meses.

—Es mucho plazo.

—La tumba de la muerta apenas está cerrada.

—¿Dónde quereis que se celebre el matrimonio?

—¿Me dejais la elección?

—No tengo más deseo que el de agradaros.

—Pues entonces, en Chevagnes.

El marqués se sobresaltó.

—Allí—dijo vivamente Solange—fué donde recibí el ultraje y allí quiero la reparación.

—Sea, pues.

Y apoyó la mano de Solange sobre sus labios, y allí la retuvo largo tiempo.

Ella se inclinó y salió.

Y sola ya en el gran salón, en el hueco de una ventana, limpió violentamente la mano con el pañuelo, como si hubiera querido borrar las huellas del beso.